

á todos los habitantes de Italia (1). Quería que en los comicios todas las clases fuesen admitidas indistintamente al sorteo de la centuria denominada *Prærogativa*, es decir, la que debía votar la primera (2), y que en efecto, tenía una grande influencia, porque los votos de los primeros votantes se consideraba como un presagio divino; pero estas proposiciones fueron rechazadas. Deseoso de cercenar el poder del senado, resolvió oponerle los caballeros, cuya importancia realzó con nuevas atribuciones; é hizo además expedir una ley que autorizaba al censor á arrendar en Asia, las tierras cogidas á los habitantes de las ciudades conquistadas (3). Entónces los caballeros tomaron en arriendo los censos y los diezmos de aquellos países, cuyo territorio pertenecía de derecho al pueblo romano (4), con lo que los antiguos propietarios quedaron reducidos á la condicion de meros usufructuarios. Cayo dió despues á los caballeros una parte en los poderes judiciales, esclusivamente ejercidos por el senado, cuya venalidad escitaba el desprecio público (5). Trecentos caballeros se agregaron á otros tantos senadores, y de esta suerte correspondió el conocimiento de todos los procesos á seiscientos jueces (6). Estas medidas le valieron la benevolencia de un orden que hostil hasta entónces al partido popular, habia contribuido á desbaratar los proyectos de Tiberio Graco.

Inmenso fué el triunfo del tribuno; tal llegó á ser su popularidad.

[1] Plutarco, *C. Graco*, VII, XII.—Segun Velejo Patérculo (II, VI), "queria hacer estensivo aquel derecho á todos los pueblos de Italia hasta los Alpes."

[2] Pseudo-Salustio, *primera carta á César*, VII.—Tito-Livio, XXVI, XXII.

[3] "Aut censoria locatio constituta est, ut Asia, lege Sempronia." (Cicerón, *Tercera oracion contra Verres*, VI.—Véase sobre esta materia á Mommsen, *Inscriptiones latina antiquissima*, p. 100, 101).

[4] En las provincias, el dominio del suelo corresponde al pueblo romano; reputándose que el dueño no tiene mas que su posesion ó su usufructo. [Gayo, *Institutas*, II, VII].

[5] Echábase en cara á los senadores, recientes ejemplos de prevaricacion, dados por Cornelio Cotta, Salinator y Manio Aquilio, el vencedor del Asia.

[6] El *Epitome* de Tito-Livio, (LX), habla sin embargo de 600 caballeros en vez de 300. (Véase Plinio, *Historia natural*, XXXIII, VII.—Apiano, *Guerras civiles*, I, III, 22.—Plutarco, *C. Graco*, VII.)

que el pueblo le dejó el derecho de designar él mismo los trescientos caballeros entre los cuales se habian de elegir los jueces, y su simple recomendacion bastó para hacer nombrar cónsul á Fanio, uno de sus partidarios. Deseando, en fin, mostrar su espíritu de justicia para con las provincias, envió á España el trigo arbitrariamente arrebatado á los habitantes por el pretor Fabio. Los tribunos tenían, pues, en aquella época, una verdadera omnipotencia; estaban encargados de las grandes obras, disponian de las rentas públicas, dictaban, por decirlo así, el nombramiento de los cónsules, fiscalizaban los actos de los gobernadores de las provincias, proponian las leyes y las hacian ejecutar.

El conjunto de estas medidas, favorables á un gran número de intereses, calmó por algun tiempo el ardor de la oposicion y la redujo al silencio. El mismo senado se reconcilió en la apariencia con Cayo Graco; pero en el fondo siempre existia el odio, y se suscitó contra él otro tribuno, Livio Druso, con mision de proponer medidas encaminadas á devolver al senado el afecto del pueblo. Cayo Graco habia querido admitir á los aliados que gozaban del derecho latino, al derecho de ciudadanía, y Druso hizo declarar que, lo mismo que los ciudadanos romanos, no pudiesen en lo sucesivo ser azotados. Por la ley de los Gracos, las tierras distribuidas á los ciudadanos pobres, soportaban un censo en beneficio del tesoro público, y Druso las alivió de esta carga (1). Para establecer una competencia con la ley agraria obtuvo la creacion de doce colonias de tres mil ciudadanos cada una y por último, se juzgó necesario alejar al mismo Cayo Graco, encargándole de llevar á Cartago, para levantarla de sus ruinas, la colonia de seis mil individuos tomados de todas las partes de Italia (2), y cuyo establecimiento habia él obtenido.

Durante su ausencia, las cosas cambiaron de aspecto. Si por una parte, las proposiciones de Druso habian satisfecho á una porcion del pueblo, por otra, Fulvio, amigo de Cayo, cabeza exaltada, comprometia su causa con peligrosas exageraciones. Opimio, encarnizado enemigo de los Gracos, se presentaba para el consulado. Noticioso Cayo de estos diversos amañes, volvió presuroso á Roma á solicitar por tercera vez la dignidad de tribuno, y no pudo conseguirlo, mientras que Opimio, nombrado cónsul con la mira de combatir á un par-

[1] Plutarco, *C. Graco*, XII.

[2] Apiano, *Guerras civiles*, I, III, 24.

justamente la sangre de los ciudadanos, si no habia otro medio de contenerlos. No hago mérito de esto. Los años pasados mirábais con dolor, pero sin atreveros á hablar una palabra, que se robaba al erario; que los reyes y pueblos libres eran tributarios de algunos de los nobles; que en ellos estaban estancadas las mayores honras y riquezas. Ahora, pareciéndoos poco el haber hecho esto impunemente, por remate de todo han puesto vuestras leyes, vuestra majestad, lo sagrado y lo profano en poder de nuestros enemigos. No se avergüenzan ó arrepienten de ello los autores; ántes bien pasan por delante de vosotros muy ufanos, haciendo alarde de los sacerdocios, de los consulados, y alguno de sus triunfos, como si esos fuesen justo galardón de su mérito y no fruto de sus usurpaciones. Los siervos comprados con dinero no sufren el dominio injusto de sus amos; ¡y vosotros, Qui ites, nacidos para el mando, sufrireis con paciencia tan dura servidumbre? Mas ¿quiénes creéis que sean estos que se han alzado con la República? Unos hombres llenos de maldades, sanguinarios avaros sin término y en sumo grado dañosos é insolentes; hombres que hacen granjería de su palabra, de su honor, de la religion y últimamente de todo lo honesto y de todo lo que no lo es. Parte de ellos afianza su seguridad en haber muerto á vuestros tribunos, otros en haberos injustamente atormentado, y los mas en haber hecho en vosotros una cruel carnicería; de suerte, que el que mas daño os hizo ese vive mas seguro. El miedo que debieran tener por sus maldades, le han trasladado á vuestra inaccion y flojedad; y el haberse unido es porque desean, aborrecen y temen todas unas mismas cosas, pero esta union entre buenos es amistad, entre malos partido.....

Porque ¿qué esperanza puede haber de buena fé ó de acomodamiento? Ellos quieren dominar, vosotros ser libres; ellos hacer injuria, vosotros impedirlo. Tratan, finalmente, á vuestros aliados como enemigos, y á estos como si fueran aliados (1)."

En seguida recordó todos los crímenes de Yugurta. Levantóse este para justificarse, pero el tribuno C. Babio, con el cual se habia entendido, mandó al rey que callase. El Númda iba á recoger el fruto de tantas corrupciones acumuladas, cuando habiendo hecho asesinar en Roma á un pretendiente peligroso, Masiva, nieto de Masinisa, llegó á ser objeto de pública reprobacion y se vió forzado á volverse á

[1] Salustio, *Yugurta*, xxxi.
* Traducción del Infante D. Gabriel.

Africa. Empieza entónces de nuevo la guerra, y el cónsul Albino le da largas. Llamado á Roma para reunir los comicios, confia el mando á su hermano el propretor Aulo, cuyo ejército, pervertido en breve por Yugurta, se deja envolver y se encuentra reducido á una capitulacion deshonrosa. Sube en esto de punto en Roma la indignacion, y á propuesta de un tribuno, se abre una informacion contra los presuntos cómplices de las maldades de Yugurta, que fueron castigados, traspasando en aquella ocasion la venganza del pueblo, como suele acontecer en tales circunstancias, los límites de la justicia. Por último, despues de calurosos debates, eligióse un hombre digno, Metelo, perteneciente á la faccion de los grandes, y se le encomendó la guerra de Africa. La opinion pública, con obligar al senado á castigar la corrupcion habia vencido á las malas pasiones, y "fué aquella la primera vez, dice Salustio, que el pueblo sofrenó el tiránico orgullo de la nobleza (1)."

V. Los Gracos se habian constituido, por decirlo así, campeones civiles de la causa popular; Mario se constituyó su feroz soldado. Nacido de una familia oscura, criado en el campo, elevado por su valor á los altos puestos de la milicia, tenia la aspereza y la ambicion de la clase que se siente oprimida. Gran capitán, pero hombre de partido, naturalmente inclinado al bien y á la justicia, tornóse cruel é inflexible (2), por amor al poder, en los últimos años de su vida.

Despues de haberse distinguido en el sitio de Numancia fué nombrado tribuno del pueblo, cargo en que demostró suma imparcialidad (3), y que fué el primer escalon de su fortuna. Ascendido á teniente de Metelo en la guerra contra Yugurta, trató de supplantar á su general, y mas adelante consiguió aliarse á una familia ilustre casándose con Julia, hermana del padre del gran César. Guiado por su instinto ó por su inteligencia, comprendió que debajo del pueblo oficial existia un pueblo de proletarios y de aliados que aspiraba á ser algo en el Estado.

[1] Salustio, *Yugurta*, v.

[2] Mario no habia hecho mas que endurecer su carácter. (Plutarco, *Sila*, xxxix.) Talento, probidad, sencillez, profundo conocimiento del arte de la guerra, todo lo reunia Mario, poseyendo en el mismo grado el desprecio de las riquezas y de los placeres y el amor de la gloria [Salustio, *Yugurta*, lxiij]. Mario habia nacido en el territorio de Arpino en *Cereata*, hoy Casamare [casa de Mario].

[3] "Obtuvo la estimacion de los dos partidos." [Plutarco, *Mario*, iv].

Elevado al consulado por su alta reputacion militar, pero tambien por sus amafios, encargósele la guerra de Numidia, y ántes de partir, espresó con energía, en una arenga al pueblo, los rencores y los principios de la democracia de entónces:

“Habeisme mandado, dijo, hacer la guerra á Yugurta, lo que la nobleza ha llevado muy á mal. Reflexionad, os ruego, si será mejor revocarlo, y que encargueis un negocio de esta naturaleza á alguno de aquel corrillo de nobles, quiero decir, á uno de linaje antiguo, y que tenga muchas estatuas de sus mayores, pero que jamas haya militado; para que puesto en él se turbe, se apresure sin saber qué hacerse, y eche mano del primero que encuentre para que le enseñe su oficio. Así sucede muchas veces, que á quien vosotros habeis comedido el mando, busca otro que le mande á él. De algunos sé yo, oh Quirites, que despues de cónsules comenzaron á leer los hechos de nuestros mayores y la disciplina militar de los Griegos: hombres que todo lo invierten. Porque aun en el órden del tiempo primero es lograr un empleo que ejercerle; el modo de portarse bien y provechosamente en él, debe saberse ántes. Comparad, pues, ahora, Quirites, á un hombre de fortuna cual yo soy, con la altanería de estas gentes. De lo que ellos suelen leer ú oír, parte he visto, parte he ejecutado por mí mismo: lo que ellos leyendo, yo lo he aprendido militando: juzgad, pues, ahora si han de estimarse mas las obras ó las palabras. Desprecian en mí la falta de nobleza, y en ellos las obras de flojedad: á mí se me echa en cara mi nacimiento, á ellos sus maldades; bien que, segun entiendo, la calidad es una y general en todos, y el que tiene mas valor ese es el mas noble. Y si no, si se pudiese, hoy preguntar á los padres Albino y Bestia, á quién quisieran mas tener por hijo, á mí ó á ellos, ¿qué creéis que habian de responder, sino que querrian por hijos los mejores? Si tienen, pues, razon para despreciarme á mí, desprecian tambien á sus antepasados, cuya nobleza, así como la mía, comenzó en ellos por su valor. Si me envidian el honor que tengo, envidien tambien mis trabajos, mi conducta, y los peligros en que me he visto, pues por tales medios lo he adquirido. Pero estos hombres corrompidos por su soberbia, así viven como si no quisieran vuestros empleos, y despues así los solicitan como si hubieran vivido bien. Mas ¡oh cuánto se engañan, creyendo que pueden lograr juntas dos cosas tan repugnantes entre sí, como son el deleite de la ociosidad y el premio de la virtud! Y tienen aún valor cuando arengan en vuestra presencia, ó en el senado, para ensalzar

prolijamente á sus mayores: creyendo que la memoria de sus grandes hechos les hará á ellos mas ilustres, lo que es muy al contrario. Porque cuanto la vida de aquellos fuese mas esclarecida, tanto es mas reprehensible la pereza de estos. Y en la realidad ello es así: la gloria de los mayores es para sus descendientes una antorcha que no permite que sus virtudes ni sus vicios estén ocultos. Yo nada de esto tengo, oh Quirites: pero puedo referir mis hazafias que valen mucho mas. Ved despues cuán injustos son, que lo que se atribuye en ellos á sí por la virtud ajena, no quieren concedérmelo á mí por la propia. ¿Y por qué? Porque no tengo en mi casa estatuas, y porque mi nobleza es de ayer; siendo cierto que es mejor adquirírsela uno por sí mismo, que haber corrompido la que heredó. No ignoro que si quieren satisfacerme, tendrán á mano una oracion copiosa y limada. Mas, puesto que toman ocasion de la gran merced que me habeis hecho para despedazar en todas partes con dicterios vuestro honor y el mio, no me ha parecido razon callar, no haya quien atribuya mi silencio á remordimiento ó culpa. A mí en realidad, segun me siento, nada de cuanto digan puede dañarme; porque si hablan verdad, han de hablar bien; si no, lo desmentirá mi vida y mis costumbres. Pero vosotros, cuya resolucion de haberme honrado y puesto á mi cargo el negocio de mas peso, se acusa igualmente; pensad una y otra vez si convendrá revocarla. Porque á la verdad, yo no puedo presentar en abono mio estatuas, ni triunfos, ni consulados de mis mayores; pero si fuere necesario, presentaré lanzas, banderas, jaeces y otros dones militares y ademas de esto, heridas recibidas pecho á pecho. Estas son mis estatuas, esta mi nobleza; no como ellos la tienen, heredada, sino adquirida á costa de grandes trabajos y peligros (1).”

Terminado este discurso en que se revela el legítimo ardor de los que en todos los países aristocráticos reclaman la igualdad; Mario, contra lo usado en el antiguo sistema, alistó mas proletarios que ciudadanos: tambien los veteranos acudieron de tropel bajo sus estandartes. Hábilmente condujo la guerra de Africa, pero le robó una parte de la gloria en ella adquirida su cuestor P. Cornelio Sila. Este hombre llamado en breve á hacer tan gran figura, descendiente de una ilustre familia patricia, ambicioso, ardiente, lleno de andacia y de confianza en sí mismo, no retrocedia ante ningun obstáculo. Los triun-

[1] Salustio, *Yugurta*, LXXXV*.

* Traducción del Infante D. Gabriel.

fos que tantos esfuerzos costaban á Mario, parecía que iban á buscar á Sila. Mario derrotó al príncipe númida, pero Sila, por una feliz temeridad, se le hizo entregar y terminó la guerra: de entónces tomó principio entre el procónsul y su jóven cuestor una rivalidad que, andando el tiempo, se trocó en violento odio, llegando á ser el uno, el campeón de la democracia, el otro, la esperanza de la faccion oligárquica. Por eso el senado ensalzaba desmesuradamente á Metelo y á Sila, á fin de que el pueblo no considerase á Mario como el primero de los generales (1); pero pronto la gravedad de los sucesos desbarató aquella maniobra.

Miéntas terminaba Mario la guerra contra Yugurta, un gran peligro amenazaba á Italia. Desde el 641, una inmensa inmigracion de bárbaros habia avanzado por la Iliria sobre la Galia cisalpina y derrotado en Norcia (en Carniola) al cónsul Papirio Carbon: aquellos bárbaros eran los Cimbro, y todo en ellos, costumbres, lengua, hábitos de rapia y de aventuras, atestiguaban su parentesco con los Galos (2). Habiendo llegado por la Retia al país de los Helvetos, arrastraron consigo diversas tribus, y por espacio de algunos años talaron la Galia, y volviendo en 645 cerca de la Provincia romana, pidieron tierras á la República para establecerse en ellas. El ejército consular enviado contra ellos fué derrotado, y con esto invadieron aquella provincia: los Tigurinos (647), tribu de la Helvecia, saliendo de sus montañas, mataron al cónsul L. Casio, é hicieron pasar su ejército bajo el yugo; triste preludio de mayores desastres. Una tercera invasion de los Cimbro, seguida de dos nuevas derrotas en 649, á orillas del Ródano, despierta los mas vivos temores, y la opinion pública designa á Mario como el único hombre capaz de salvar la Italia, con tanto mas motivo, cuanto que los nobles, á la vista de tan gran peligro ya no solicitaban el poder (3), con lo cual y contraviniendo á la ley, fué nombrado cónsul por segunda vez en 650, y encargado de la guerra en la Galia.

Por muchos años se dedicó aquel gran capitán á restablecer la disciplina militar, á ejercitar sus tropas y á familiarizarlas con aquellos nuevos enemigos, cuyo aspecto las llenaba de pavor. Conceptuado indispensable, Mario era reelegido de año en año; cinco veces fué

[1] Plutarcó, *Mario*, x.

[2] Plutarcó, *Mario*, xix

[3] Plutarcó, *Mario*, xi.

nombrado cónsul del 650 al 654. derrotó á los Cimbro unidos á los Ambrones y á los Teutones, junto á Aquæ Sextiæ [Aix], tornó á Italia y esterminó cerca de Vercelas á los Cimbro que habian escapado de la última batalla, y á los que los Celtíberos habian arrojado de España. Aquellas inmensas cárnicerías, aquellas matanzas de pueblos enteros alejaron por algun tiempo á los bárbaros de las fronteras de la República.

Cónsul por sexta vez (654), el salvador de Roma y de Italia no quiso, por una generosa deferencia, triunfar sin su colega Catulo (1), y no temió traslimitar sus poderes concediendo á dos cohortes ausiliares, de Cameria, que se habian distinguido, los derechos de ciudadanía (2); pero empañó su gloria con culpables manejos. Asociado á los gefes mas turbulentos de la faccion democrática, los escitó á la rebelion; y los sacrificó tan luego como echó de ver que no podian triunfar. Cuando los gobiernos rechazan los legítimos votos del pueblo y las ideas verdaderas, entónces los facciosos se apoderan de ellas como de una arma poderosa para servir sus pasiones y sus personales intereses; habiendo el senado rechazado todas las proposiciones de reforma, los fautores de desórdenes encontraron en ello un pretesto y un apoyo para sus perversos proyectos. L. Apuleyo Saturnino, heehura de Mario, y Glaucia, de costumbres no ménos depravadas, se entregaron á increíbles violencias. El primero resucitó las leyes agrarias de los Gracos, y las exageró proponiendo la reparticion de las tierras arrebatadas á los Cimbro, medida que quiso imponer por medio del terror y del asesinato. En los tumultos que estallaron cuando la eleccion de los cónsules para el 655, las tribus urbanas trabaron recia lid con las tribus de los campos, y en medio del alboroto, Saturnino, seguido de una turba de desesperados, se apoderó del Capitolio y se fortificó en él. Encargado en su calidad de cónsul de reprimir la sedicion, Mario la favoreció al principio con una inaccion calculada; y viendo luego á todos los buenos ciudadanos correr á las armas y á los facciosos abandonados, hasta por la plebe urbana, se puso á la cabeza de algunas tropas é hizo tomar todas las avenidas del Capitolio. Desde los primeros momentos del ataque, los rebeldes rindieron las armas y pidieron cuartel; pero Mario los dejó sacrificar por el pueblo, como si hubiera querido que el secreto de la sedicion muriese con ellos.

La cuestion de la emancipacion italiana no era estraña á la intento-

[1] Plutarcó, *Mario*, xxviii.

[2] Plutarcó, *Mario*, xxix.

na de Saturnino, antes bien es seguro que las pretensiones de los Italianos, desatendidas despues de la muerte de C. Graco, y aplazadas luego al acercarse los Cimbro, que amenazaban á toda la Península con una comun catástrofe, se reprodujeron con mayor vivacidad todavía despues de la derrota de los bárbaros. La prontitud de los aliados en socorrer á Italia, el denuedo de que habian hecho muestra en los campos de batalla de Aix y de Vercelas, les daba nuevos derechos á ser Romanos; y, sin embargo, aunque algunos prudentes políticos creian llegada la sazón de satisfacer el voto de los Italianos, un partido numeroso y fuerte se indignaba á la sola idea de semejante concesion. Quanto mas se habian ensanchado los privilegios de ciudadano, mas repugnaba al orgullo romano hacer á otros partícipes de ellos. M. Livio Druso (663), tribuno del pueblo, hijo del anterior, y que disponia en Roma de una numerosa clientela, patrono reconocido de todas las ciudades italianas, osó intentar aquella saludable reforma, y poco le faltó para conseguirla. No ignoraba que ya se habia formado una formidable confederacion de los pueblos del Sur y del Este de Italia, y que mas de una vez sus gefes habian proyectado una sublevacion general. Druso, confidente de sus planes, habia tenido el arte de contenerlos y de alcanzar de ellos la promesa de una ciega obediencia. El triunfo del tribuno parecia asegurado: el pueblo estaba ganado con distribuciones de trigo y concesiones de tierras; el senado, intimidado, parecia reducido á la impotencia, cuando pocos dias antes de la votacion de las tribus, Druso fué asesinado. Toda Italia imputó aquel crimen á los senadores, y la guerra se hizo inevitable.

La obstinada negativa de los Romanos á compartir con las demas pobladores de Italia todos sus derechos políticos, era de mucho tiempo atras una causa de agitacion: no habian tenido otros motivos, mas de doscientos años antes, la guerra de los Latinos y la rebelion de los habitantes de la Campania, despues de la batalla de Cannas. Hacia la misma época (536), Spurio Carvilio habia propuesto admitir en el senado dos senadores sacados de cada pueblo del Lacio. "La asamblea, dice Tito Livio (1), prorumpió en un murmullo de indignacion, y Manlio, alzando la voz mas que los otros, declaró que aún existia un descendiente de aquel cónsul que antiguamente, en el Capitolio, amenazaba matar con su propia mano al primer Latino que viesse en la curia," prueba evidente de aquella resistencia secular de

[1] Tito-Livio, XXIII, xxii.

la aristocracia romana contra cuanto pudiese menoscabar su supremacia; pero desde aquella época las ideas de igualdad habian cobrado un imperio que era imposible desconocer.

VI. Aquella guerra civil que se denominó *Guerra de los aliados* (1), demostró una vez mas la impotencia de la fuerza material contra las legítimas aspiraciones de los pueblos, y cubrió el país de sangre y ruinas. Trescientos mil ciudadanos, la flor de la nación, perecieron en el campo de batalla (2). Roma llevó la mejor parte en la contienda, es cierto, y sin embargo, la causa de los vencidos fué la que triunfó, puesto que despues de la guerra, cuyo único motivo habia sido la reivindicacion de los derechos de ciudadano, se concedieron aquellos derechos á la mayor parte de los pueblos de Italia. Mas adelante lo restringió Sila, y por el exámen de los diversos recuentos se convencerá el lector de que la emancipacion total no se efectuó hasta el tiempo de César (3).

[1] Parécenos notable error haber traducido *bellum sociale* ó *sociorum*, por "guerra social," expresion que en nuestras lenguas modernas, da un sentido enteramente contrario á la índole de aquellas guerras.

(2) Veleyo Patérculo, II, xv.

Año de Roma. Censo.

(3)	187	80,000.	Primer censo en tiempo de Servio Tulio. (Tito-Livio, I, XLIV; Dionisio de Halicarnaso, IV, xxii; Eutropio, I, vii),
	245	130,000	[Plutarco, <i>Publicola</i> , xiv].
	278	110,000	(Mas de). (Dionisio de Halicarnaso, IX, xxv).—119,309 segun Eutropio, I, xiv, y 120,000 segun G. Syncella, 452, edic. Bonn.
	280	139,000	(Un poco mas de). (Dionisio de Halicarnaso, IX, xxxvi).
Hacia el	286	8,714	(sic) Tito-Livio, <i>Eptome</i> , III, edic. O. Jahn) Corrijase: 118,714.
	295	117,319	(Tito-Livio, III, xxiv).—117,219 segun el <i>Eptome</i> .
	331	120,000	(Canon de Eusebio, olimpiada LXXXIX, 2; 115,000 segun otro manuscrito). Este pasaje falta en la traduccion armenia.
	365	152,573	(Plinio, <i>Historia natural</i> , XXXIII, xvi, edic. Sillig)
	415	165,000	(Eusebio, olimp. cx, 1),

La rebelion estalló fortuitamente ántes del dia prefijado, y la provocó la violencia de un magistrado romano, á quien mataron los habitantes de Asculo; pero todo estaba dispuesto para una insurreccion que no tardó en ser general. Los aliados tenian un gobierno oculto, gefes reconocidos y un ejército organizado. Al frente de los pueblos confederados contra Roma se distinguian los Marsos y los Samnitas, los primeros mas bien por un sentimiento de orgullo nacional que por el recuerdo de injurias que vengar, y los segundos, al contrario, por su odio inveterado contra los Romanos desde los tiempos de las largas luchas con que defendieron su independendencia, luchas reuovadas cuando sobrevino la invasion de Anibal. Unos y otros se repartieron el honor del mando supremo, y aun parece que el sistema de gobierno

- 422 } 250,000 [Tito-Livio, IX, xix] —G. Syncella, *Cronografía*, 525, tiene la cifra de 250,000.
 á }
 435 }
 460 262,321 [Tito-Livio, X, XLVII; el *Epítome*, 272,320.—Eusebio, olimp. CXXI, 4, escribe: 270,600: el traductor armenio, 220,000].
 465 272,000 [Tito-Livio, *Epítome*, XI].
 474 287,222 [Tito-Livio, *Epítome*, XIII].
 479 292,334 [Eutropio, II, x. — 271,234 segun Tito-Livio, *Epítome*, XIV].
 489 382,234 [Tito-Livio, *Epítome*, XVI.—Corrijase: 282,234.
 502 297,797 [Tito-Livio, *Epítome*, XVIII].
 507 241,212 [Tito-Livio, *Epítome*, XIX].
 513 260,000 (Eusebio, olimp. CXXXIV, 4).
 534 270,213 [Tito-Livio, *Epítome*, XX].
 546 137,108 [Tito-Livio, XXVII, xxxvi.—Se atribuye erradamente esta enorme diferencia á las pérdidas experimentadas en los cinco primeros años de la segunda guerra púnica, y Tito-Livio por su parte, no espone mas que una diferencia mínima, *minor aliquanto numerus quam qui ante bellum fuerat*; lo cual daría ocasion á creer en un error del copista en la cifra del censo, debiendo leerse 237,108].
 550 214,000 [Tito-Livio, XXIX, xxxvii; *Fastos capitolinos*].—Los censores, segun formalmente se declara, habian estendido sus operaciones á los ejércitos; además, muchos aliados y Latinos habian ido á domiciliarse en Roma y se les habia comprendido en el censo.

adoptado por la confederacion, no fué mas que una copia de las instituciones romanas. Sustituir la Italia á Roma, reemplazar el dominio de una sola ciudad por el de un gran pueblo, tal era el objeto declarado de la nueva liga. Nombróse un senado, ó mas bien una dieta, y cada ciudad tuvo en ella sus representantes: se eligieron dos cónsules, Q. Pompeio Silon, Marso, y C. Papio Mutilo, Samnita. Por capital se eligió á Corfinio, cuyo nombre se trocó en el de *Italia*

- 561 143,704 [Tito-Livio, XXXV, ix]. Tambien aquí sin duda hay error; debe leerse, 243,704. Acaso tambien los censores no comprendieron en el número de los ciudadanos á los soldados en campaña.
 566 258,318 [Tito-Livio, XXXVIII, xxxvi]; *Epítome*, 258,310. Muchos aliados de nombre latino se habian comprendido en el censo.
 576 288,294 [Tito-Livio, *Epítome*, XLI]. Las cifras de los censos que preceden y siguen, nos mueven á adoptar este número, aunque los manuscritos no dicen mas que 258,294.
 581 269,015 [Tito-Livio, XLII, x]; *Epítome*, 267,231. “La razon de la inferioridad del censo de 581, era, segun Tito-Livio, el edicto espedido por el cónsul Postumio, en virtud del cual, los que pertenecian á la clase de los aliados latinos, debian volver, para hacerse empadronar, á su ciudad respectiva, con arreglo al edicto del cónsul C. Claudio, por manera que no hubo uno solo de aquellos aliados que entrase en el censo de Roma.” [Tito-Livio, XLII, x].
 586 312,805 [Tito-Livio, *Epítome*, XLV].
 591 337,022 [Tito-Livio, *Epítome*, XLVI].
 595 328,316 [Tito-Livio, *Epítome*, XLVII].
 600 324,000 [Tito-Livio, *Epítome*, XLVIII].
 608 334,000 [Eusebio, olimp. CLVIII, 3].
 613 327,442 [Tito-Livio, *Epítome*, LIV].
 618 317,933 [Tito-Livio, *Epítome*, LVI].
 623 318,823 [Tito-Livio, *Epítome*, LIX].
 629 394,726 [Tito-Livio, *Epítome*, LX].
 639 394,336 [Tito-Livio, *Epítome*, LXIII].
 667 463,000 [Eusebio, olimp. CLXXIV, 1].
 681 900,000 [Tito-Livio, *Epítome*, XCVIII].—Dion-Casio, [XLIII, xxv] cuenta que el censo decretado por Cé-
 HISTORIA DE JULIO CESAR.—26

6 de *Vitelia*, que en la lengua osca hablada por una parte de los pueblos de la Italia meridional, tenia la misma significacion (1).

No faltaban á los aliados ni generales hábiles, ni soldados valerosos y aguerridos; las mismas armas, la misma disciplina en ambos campamentos. Principiada á fines del 663, llevóse adelante la guerra por una y otra parte con estremado encarnizamiento, y cundió en la Italia central, del norte al mediodía, desde Fermo (*Fermo*) hasta Grumentum en Lucania, del este al oeste, desde Cannas hasta el Liris. Las batallas fueron sangrientas, quedando con frecuencia indecisa la victoria, y por ambos lados tan considerables las pérdidas, que pronto fué forzoso alistar á los libertos y aun á los esclavos.

Después de la guerra civil, había dado una terrible baja en la cifra de la población. Apiano (II, 102) dice que esta cifra no había llegado más que á una mitad próximamente del censo anterior. Según Plutarco (*César*, LV), sobre 320,000 ciudadanos contados ántes de la guerra, César no encontró más que 150,000. Sin duda confundieron los registros de la distribución de trigo con las listas del censo. (Véase Suetonio, *César*, XLI)

Augusto dice espresamente que entre los años 684 y 726 no hubo recuento, *post annum alterum et quadragésimum*, (*Monumento de Ancira*, tab. 2). El número de ciudadanos que encontró en aquella época, 4,063,000, es próximamente el que César hubiera podido hacer constar. [Focio, *Bibliot.*, codic. XCVII; *Fragm. histór.*, edic. Müller, III, 606].

- 726 4.063,000 Terminacion del lustro por Augusto, en tiempo de su sexto consulado, M. Agripa por colega. [*Monumento de Ancira*].
- 746 4.233,000 Segunda terminacion del lustro por Augusto solo. (*Monumento de Ancira*).
- 767 4.037,000 segun el *Monumento de Ancira*; 9.300,000 segun la *Crónica de Eusebio*; tercera terminacion del lustro por Augusto y Tib. César su colega, bajo el consulado de Sex. Pompeyo y de Sex. Apuleyo.

[1] Estas dos palabras se hallan en algunas medallas italianas acuñadas durante la guerra. Un dinero de la biblioteca imperial, presenta la leyenda ITALIA en caracteres latinos, y en el reverso el nombre de Papio Mutilo en caracteres oscos: >.f.[]N[]>. *Gai PAAPI G(ai fili)*.

Los aliados obtuvieron al principio brillantes triunfos, y Mario tuvo la gloria de atajar sus progresos, á pesar de no quedarle más que tropas desmoralizadas por frecuentes descalabros. También en aquella ocasion sirvió mejor á Sila la fortuna: vencedor donde quiera que se presentaba, manchó sus proezas con horribles crueldades contra los Samnitas, á quienes parecia empeñado, no en someter, sino en exterminar. Mas humano se mostró el senado, ó más político, concediendo espontáneamente el derecho de ciudad romana á todos los aliados fieles á la República, y prometiéndolo á todos cuantos depusiesen las armas. De igual suerte trató á los Galos cispadanos; y en cuanto á sus vecinos de la orilla izquierda del Po, les confirió el derecho del Lazio. Esta prudente medida desconcertó á los confederados (1), y los más se sometieron. Los Samnitas, casi solos, continuaron peleando en sus montañas con el furor de la desesperacion. Acompañó, sin embargo, á la emancipacion de Italia una medida restrictiva que debía conservar á los Romanos la preponderancia en los comicios, cual fué que, á las treinta y cinco tribus antiguas, se añadiesen ocho nuevas en las que se inscribieron todos los Italianos; y como los votos se contaban por tribu y no por cabeza, claro está que la influencia de los nuevos ciudadanos venia á ser nula (2).

La Etruria no había tomado parte alguna en la guerra social, por cuanto la nobleza era muy adicta á Roma, y el pueblo vivia en una condicion cercana á la servidumbre. La ley Julia, que daba á los Italianos el derecho de ciudad romana, y que tomó el nombre de su autor, el cónsul L. Julio César, produjo entre los Etruscos una completa revolucion y fué recibida con entusiasmo.

Mientras ardía en guerra Italia, Mitridates VI, rey del Ponto, quiso aprovecharse de la postracion de la República para ensanchar sus Estados, y en 664, invadió la Bitinia y la Capadocia, y arrojó de ambas á los reyes aliados de Roma, al mismo tiempo que anudaba inteligencias con los Samnitas, á quienes prometia subsidios y soldados. Tal era el odio que inspiraban entónces los Romanos á los pueblos extranjeros, que una órden de Mitridates bastó para sublevar la provincia de Asia, donde ochenta mil Romanos fueron sacrificados en un solo dia (3). Ya la guerra social tocaba á su término. Toda Italia

[1] Esta medida contentó á los Etruscos. (Apiano, *Guerras civiles*, I, v, 49).

[2] Velejo Patérculo, II, xx.—Apiano, *Guerras civiles*, I, v, 49

[3] Véase la nota de la pág. 176.